

Prólogo

El cielo estaba encapotado, y una fina lluvia caía sobre la ciudad de Portland. La gente iba de un lado a otro con sus paraguas abiertos pasando por delante de uno de los bares más conocidos de la zona norte de la ciudad, que hacía pico esquina con una gran avenida.

Era un local grande, con buen ambiente y música pop. En su interior se encontraba Emma, sentada a la barra, junto con su gran amiga Jenny, una mujer atractiva, de pelo corto oscuro, alta y esbelta, que no pasaba nada desapercibida para la población masculina, cosa que a ella le encantaba, por supuesto.

Jenny notaba a su amiga algo seria e intranquila. «Siempre va igual», pensó con resignación.

—Bueno, me tengo que marchar. Le he dicho a Josh que volvería más tarde. Lucy se ha quedado cubriendo mi puesto, y quiero darle una sorpresa cuando llegue y salir a cenar fuera. Ayer volvimos a discutir por mis horarios en el hospital veterinario —le dijo a Jenny mientras pagaba al camarero, que se había acercado a una señal de ella—. Dice que no tengo tiempo para él, y eso no es justo. ¡Ni que yo decidiera estos turnos!

—La verdad, Emma, es que siempre estás igual. Cuando no discutís por una cosa, es por la otra. ¿De verdad merece la pena esta relación? —Negó débilmente con la cabeza, suspirando mientras la miraba—. A veces pienso que solo estás con él porque lleváis mucho tiempo juntos. Le tienes cariño y eso... pero el cariño no es amor.

Emma dio un largo suspiro, fijando su vista en los ojos azules de su amiga.

—Sinceramente, a veces me lo planteo y pienso igual que tú. —Se echó hacia atrás su larga melena ondulada de color castaño claro—. Pero cinco años son demasiados como para tirarlos por la borda, y Josh y yo también tenemos momentos muy buenos. —Miró la hora en su pequeño reloj de pulsera—. Bueno, te dejo y ya te llamo yo otro día y quedamos sin prisas. —Se levantó, tomó su bolso y la miró con una sonrisa en los labios—. Creo que esta noche tienes la velada asegurada. El tío que está al final de la barra no te quita los ojos de encima, y está para comérselo. —Le guiñó el ojo, divertida, y dicho esto, se marchó.

Jenny se quedó observándola mientras desaparecía. No entendía como aún seguía con su novio. Estaba claro que como pareja no funcionaban: cariño sí, amor ninguno. Aparte de eso, a Jenny nunca le había hecho gracia el soso de Josh. Aunque no era un mal tipo, siempre rezó para que algún día su amiga se diera cuenta de que eran incompatibles. «¡Joder!», pensó para sí misma. Emma era una preciosidad, con un rostro dulce que encandilaba a los hombres, un buen cuerpo, unos bonitos y grandes ojos grises y una sonrisa increíblemente dulce que podía derretir a cualquiera. Pero no perdía la esperanza de que algún día viera que él no era su media naranja. Se giró y observó al hombre de pelo rubio que le había indicado Emma y que no perdía detalle de ella. Bueno, la noche prometía. Sonriendo, le hizo un gesto para que se acercara, cosa que este, que aparentaba unos treinta, no dudó en hacer.

Emma entró en el apartamento de alquiler que compartía con su novio desde hacía ya cuatro años. Dejó las llaves en la entrada y colgó el abrigo y el bolso en la percha de pared. Pasó al comedor y fue hasta el teléfono de casa, que se encontraba encima de la mesita de noche situada al lado del sofá. Comprobó que no había ningún mensaje y se dirigió hacia el dormitorio. Entró en la habitación, sonriendo, pensando en la sorpresa que le iba a dar. Podía escuchar el agua de la ducha correr en el interior del baño, ya que la puerta estaba entrecerrada. Cuando iba a abrirla, oyó el sonido del móvil de su novio, que estaba sobre la mesilla, con un mensaje de entrada. Se acercó y lo cogió con curiosidad para ver de qué se trataba y darle el recado. Pero cuál fue su sorpresa cuando reconoció el número, aun cuando no ponía a quién pertenecía, y comprobó lo que decía:

Habitación 212, en el hotel de siempre. Te espero desnuda, no me hagas aguardar demasiado.

La bilis le subió a la garganta, y un frío sudor cubrió su cuerpo paralizado.

«Esto no puede estar pasando. ¡Me están engañando! No, no puede ser. ¡Tiene que haber alguna explicación!».

En esos momentos, se escucharon los pasos de Josh acercándose tras la puerta. Cuando la abrió, con el pelo oscuro aun húmedo, terminando de anudarse la toalla de baño a las caderas, y miró la cara de Emma, que en ese momento pasaba del espanto a la furia, con su móvil fuertemente agarrado en la mano, supo que su aventura se había destapado.

—No es lo que parece, puedo explicarlo.

La famosa frase de los que han sido pillados.

Capítulo 1

Dos meses después

Emma conducía su viejo coche, un Honda Civic que compró de segunda mano hacía unos cuantos años. Escuchaba música de una emisora local, con un mapa de carreteras abierto en el asiento del copiloto, dirección a Medford. Con ella llevaba todas sus pertenencias, que no eran muchas, metidas en cajas de cartón en el maletero y alguna en la parte trasera. Estaba feliz y, a la misma vez, algo temerosa, ya que a sus treinta años iba a empezar una nueva etapa de su vida fuera de Portland, la ciudad en la que nació, que la vio crecer, donde cursó sus estudios y vivió hasta el día de hoy.

En Medford iba a ser socia de una pequeña clínica veterinaria que había abierto hacía unos meses. La actual dueña no podía sola con todos los gastos ni tampoco ocuparse del negocio todo el día por motivos familiares.

Había encontrado esa oportunidad gracias a un anuncio por internet. Envío su currículum indicando su disponibilidad inmediata en caso de que fuera escogida, y al día siguiente ya recibió una llamada de Diana, la propietaria. Hablaron de su experiencia, de su situación económica y de algunos detalles más. Emma tenía un dinero guardado que hacía tiempo venía ahorrando para comprar un piso junto con Josh, pero eso se había ido al traste. Ambas, aparentemente, se cayeron bien por teléfono y

acordaron un mes para ponerse a prueba. Diana le habló de un primo suyo que tenía una casa para alquilar, de dos dormitorios, en perfecto estado y lista para entrar a vivir. Estaba cerca de la clínica y, si le parecía bien, hablaría con él para que se la dejara a muy buen precio, y si le gustaba la casa, ya podrían arreglar los papeles después entre ellos. Le dio la dirección y le pasó el teléfono de su primo para que, cuando llegara, lo llamase. «Si hay algún contratiempo con mi primo, te aviso; si no, dalo por hecho», le había dicho Diana. Eso fue el día anterior por la mañana. Por la tarde, ya tenía prácticamente todas sus cosas recogidas del piso de Jenny, donde se había quedado después de romper con Josh. Ella había sido su apoyo y paño de lágrimas. A primera hora de la mañana había metido todo al coche, con ayuda de su amiga, y tras una emotiva despedida, se marchó a su nueva aventura.

Medford estaba a unas cuatro horas y media de viaje, pero con una parada para estirar las piernas y otra para comer, había tardado alrededor de seis.

A la entrada de la ciudad estacionó el coche a un lado de la carretera para echar un vistazo al mapa y mirar las indicaciones de cómo llegar a la casa de alquiler. No tenía GPS. Ella y las tecnologías no se llevaban precisamente bien. Es más, su móvil solo tenía lo más básico. Cuando se dispuso a arrancar el coche, este hizo un ruido extraño y ya no hubo manera, tras varios intentos, de ponerlo en funcionamiento.

—¡Vaya, lo que me faltaba! —Miró hacia el techo—. Espero que esto no sea un presagio de lo que me espera aquí.

Se giró y cogió su abrigo de la parte trasera. Cuando salió del coche, se lo puso, pues estaban a últimos días de noviembre y hacía bastante frío. Localizaría algún taller mecánico cercano, y si no, el teléfono del servicio de grúa. Buscó a su alrededor a alguien que pudiera ayudarla. En esos momentos, pasaba una señora bastante mayor de pelo blanco a la que preguntó amablemente por algún taller, pero esta no le supo decir donde había uno. Un poco más adelante vio una tienda de antigüedades y entró en ella con la esperanza de tener más suerte. Allí le dieron las indicaciones de un taller que se encontraba a unos 10 minutos caminando.

—¡Matt! Allí fuera hay una señorita muy guapa que pregunta por el dueño del taller —le dijo Roy con una amplia sonrisa, apoyado en el marco de la puerta abierta del despacho, donde Matt se encontraba sentado ojeando unos papeles—. Y la verdad es que yo no la haría esperar mucho, parece que lleva algo de prisa.

—Ahora salgo, estoy terminando de ordenar las facturas —respondió Matt, levantó la vista de los papeles que tenía acumulados y miró al hombre de ojos oscuros de su misma edad, de pelo negro corto, delgado pero de constitución fuerte, que trabajaba para él. Ambos eran muy amigos desde la época de instituto, en el que fueron compañeros inseparables.

—Dile que en unos minutos la atiendo.

—Lo que tú digas, jefe.

—¿Ha comentado lo que quiere? —Se levantó y fue hacia la cazadora colgada detrás de la puerta, sacó el móvil y le echó un vistazo para saber si tenía alguna llamada o mensaje.

—No, tan solo ha preguntado por el jefe del taller y si la podía atender.

—Está bien. ¿Te queda mucho para terminar con el Ford *Escape* de Tom?

—No, está casi listo. Luego lo llamo para avisarle. —Y con esto salió para avisar a la muchacha que el jefe saldría enseguida.

Cuando Matt salió, se encontró con una preciosa mujer de pelo castaño recogido en una coleta. Su bello rostro tenía una expresión desesperada y algo inquieta. Se acercó a ella con paso decidido, pensando que ya podían presentarse más mujeres por allí tan guapas como ella más a menudo.

—Hola, creo que has preguntado por mí. Soy Matt Logan, el dueño del taller. ¿En qué puedo ayudarla? —Le ofreció la mano, que ella aceptó inmediatamente.

—Me llamo Emma Miller. Acabo de llegar a la ciudad, y mi coche, como regalo de bienvenida, me ha dejado tirada cerca de aquí, a unos 10 minutos andando —contestó mientras sonreía ligeramente, con la vista alzada a la suya, ya que era bastante alto. Matt debía medir alrededor de metro noventa—. No arranca, hace un ruido como ahogándose cuando lo intento, y no sé si alguien podría acercarse a echarle un vistazo o si tenéis servicio de grúa para traerlo. Pregunté en un establecimiento, y el dueño me envió aquí.

—No hay problema, vamos a echarle una ojeada. Por lo que me cuentas, posiblemente sea cosa de la batería. Me llevaré el arrancador para intentar ponerlo en marcha, quizás tengamos suerte y solo sea eso. Voy a por las llaves, y nos acercamos en mi coche. Espere aquí —dicho esto, se metió dentro del taller y se acercó a Roy para avisarle.

Emma se quedó observando a Matt mientras hablaba con el otro hombre, que la había atendido nada más llegar y se había presentado como Roy. Realmente era un hombre muy atractivo, de complexión fuerte y delgado. Tenía unos ojos verdes, que le había costado no perderse en ellos mientras le hablaba, con esa mirada tan profunda con la que la había estado mirando. El pelo castaño claro no muy corto que se le ondulaba ligeramente por la nuca, y su incipiente barba dorada de varios días le daba un toque muy sexy. Calculó que debía tener dos o tres años más que ella. «La verdad es que es un deleite para la vista», pensó.

En un momento llegaron a donde estaba el vehículo estacionado. Apenas habían hablado lo justo para dar las indicaciones de donde se encontraba el coche y comentar el frío que hacía ese nublado día de otoño.

Cuando salieron del *pick up*, Matt se quitó el abrigo y lo dejó en los asientos traseros. Se acercó al vehículo de Emma mientras se arremangaba las mangas de la camiseta oscura que llevaba puesta y tras darle a la palanca de dentro del coche, levantó el capó, observó su interior y, poco después, colocó las pinzas en la batería.

Entretanto, Emma observaba un poco apartada cómo trabajaba, o más bien cautivada con sus movimientos y con esos fuertes brazos de los que no podía apartar la vista. «Incluso esos horribles pantalones azules de trabajo le hacen un culo magnífico», pensó.

—Desde luego, la batería la tienes descargada, pero veo que las bujías también están en mal estado y sería mejor cambiarlas —comentó mientras se incorporaba y se limpiaba las manos con un trapo—. Para el lunes lo tendrías listo. Mañana estamos cerrados, y de hecho has tenido suerte de encontrarnos aún abiertos, porque los sábados por la tarde suelo cerrar. —Se introdujo en el coche y le dio a la llave de contacto. Con algo de ahogo, arrancó a la primera, y salió del vehículo, colocándose frente a ella—. Bueno, ¿qué me dices?

Desde luego la chica era bonita. Tenía el rostro fino y ovalado con unos rasgos muy dulces, unos preciosos ojos grises enmarcados en largas pestañas, con mirada inocente, y esos labios voluminosos... «Aparta esos pensamientos», pensó Matt, sacudiendo la cabeza mentalmente.

—Tengo un problema —anunció pensativa—. ¿Ves todas las cajas de ahí atrás? —Señaló la parte trasera del coche—. Necesito llevártelas a esta dirección. —Le mostró un papel—. ¿Sabes dónde se encuentra?

Matt tomó la hoja, la leyó y rápidamente clavó su mirada en ella, con una sonrisa pícara.

—Creo que no va a tener ningún problema. Así que usted es la nueva veterinaria —dijo más que preguntando, afirmando.

Sorprendida, ella ladeó ligeramente la cabeza y lo miró con curiosidad.

—¿Cómo lo sabe? —Se cruzó de brazos, intrigada, esperando la respuesta.

—Soy el primo de Diana, me dijo que me llamarías cuando llegases. —Se pasó la mano por el pelo algo revuelto—. Pero, por lo visto, no lo has hecho. ¿Por qué? Te hubieras ahorrado la caminata y los calentamientos de cabeza.

—Puede ser, pero por si no lo has notado, he tenido un problema y no soy adivina para saber que eras mecánico —contestó con un tono a la defensiva, pasando de los formalismos al ver que él ya lo había hecho.

Él se dio cuenta de que su comentario no le había agradado y, quitándole hierro al asunto, le sonrió:

—Bueno, no te preocupes. Llevamos el coche al taller y allí te ayudo a llevar las cosas. La casa está justo enfrente, al cruzar la carretera. Sígueme en él.

Con rapidez, recogió el cargador, bajó el capó y ambos se metieron en sus respectivos vehículos.

Una vez que llegaron al taller, dejaron el coche dentro y Emma empezó a sacar las cajas de la parte trasera, depositándolas en el suelo.

—Es esa de allí. —Le indicó Matt con la cabeza, señalando hacia el otro lado de la carretera mientras se acercaba a ella.

Era de madera blanca. La puerta principal y dos ventanas daban hacia ese lado. Tenía un pequeño porche, una zona con césped en la entrada y un hueco grande para dejar el coche estacionado al lado.

Matt, con sus fuertes brazos, que no pasaron nada desapercibidos para Emma, cogió dos cajas bastante pesadas y se encaminó hacia la casa. Emma tomó rápidamente otra y lo siguió.

—La casa está bastante nueva. Solo estuve un año y medio viviendo allí —le informó—, y hace seis meses de eso. Desde entonces, no la ha habitado nadie.

—¿Y eso?

—Me mudé encima del taller y hasta hace un par de semanas no había pensado ponerla en alquiler. Supongo que es una tontería que esté vacía si no vivo allí, de esta manera al menos le saco algo de provecho —dijo esto último reflexionando más para sí mismo, dando un profundo suspiro.

Dejaron las cajas en la entrada, sacó las llaves del bolsillo y abrió la puerta. Giró la cabeza y, con sus ojos clavados en ella, cogió su fina mano y la alzó, le puso la palma hacia arriba y con la otra le depositó las llaves.

—Toma, puedes usar estas. —Ambos se habían quedado perdidos, con las miradas cruzadas sobre el otro. Él bajó la vista sobre la delicada mano, que aún sujetaba, y con la otra hizo que con suavidad ella cerrara la suya con las llaves, haciéndole con el pulgar una pequeña caricia, casi imperceptible. Fue un momento íntimo en el que ella se estremeció.

Un carraspeó se oyó desde atrás, rompiendo el hechizo, y los dos se giraron de inmediato, soltándose las manos.

Era Roy, que venía con más cajas para echarles una mano.

—¿Dejo estas también aquí o las paso dentro?

—Entra y colócalas por ahí. —Hizo un gesto con la cabeza al interior—. Mientras, voy a enseñarte la casa a la señorita Miller.

—Llámame Emma, por favor. Nada de convencionalismos si te parece bien.

—Por mí, estupendo. —Sonrió seductoramente y añadió—: Emma.

La casa era ideal. Era amplia y estaba decorada con sencillez, como a ella le gustaba. Una de las habitaciones tenía cama de matrimonio, con un vestidor y un aseo completo dentro. La otra estaba vacía, lo que le vendría muy bien para poner los bártulos. Había otro aseo más pequeño entre las habitaciones, además de una cocina con todos los electrodomésticos imprescindibles, una barra americana y varios taburetes altos, que daba a un amplio comedor. En definitiva, iba a estar bastante cómoda allí y por un precio bastante asequible según habían acordado momentos antes.

Matt y Roy ya habían terminado de ayudarla a llevar sus pertenencias y se acababan de marchar. Emma se quedó contemplando las cajas apiladas en el salón. Ya mañana se encargaría de desembalarlas y colocar las cosas que había dentro, ya que hoy estaba tan cansada que solo tenía ganas de echarse un rato. Con un largo suspiro, se acordó de que su amiga le había pedido que en cuanto llegara, le avisase. Así que cogió el móvil y la llamó para informarle que ya estaba instalada en la casa.

—Joder, tío, ¿qué ha pasado antes ahí? Estabais tan embelesados que se podía caer el mundo alrededor y no os hubierais dado ni cuenta.

Matt tenía a Roy al lado, observándolo y esperando la respuesta con los brazos cruzados y su amplia sonrisa, mientras él bajaba la persiana.

—No sé de qué me estás hablando —respondió escuetamente mientras echaba el cierre.

—Sí, claro... No sé si te has dado cuenta que aún no estoy ciego —continuó Roy en tono burlón.

—Por lo visto, debes necesitar gafas.

—No creo —negó Roy.

—Un consejo, será mejor que pases por el oculista y que te haga una revisión —dicho esto, se despidió de su amigo, dejándolo con la palabra en la boca, y subió por las escaleras laterales hasta su casa.

Cerró la puerta a su espalda y se recostó en ella con los ojos cerrados. ¿Qué le había pasado en aquel instante con esa mujer? Solo sabía que no había podido evitar tocarla y que ese contacto le había gustado, y mucho. Hacía bastante que una chica no le llamaba tanto la atención y desde luego esta lo había hecho. Intentó hacer memoria de lo que habló con su prima sobre ella y si estaría acompañada. Diana le dijo que no, que venía sola, ya que no tenía pareja. Eso le puso de muy buen humor.

Emma miraba las gotas de lluvia que golpeaban con fuerza a través de las ventanas. Era primera hora de la mañana, y el día estaba bastante cerrado. Lo que daría ella por una buena taza de café bien caliente. Pero aún no había podido ir a comprar nada y, aparte, salir con el día así no le atraía, y menos cuando no sabía exactamente donde ir para poder llenar la despensa y sin coche. Aún tenía el estómago vacío. Menos mal que había pedido pizza a domicilio la noche anterior. Dio un suspiro y se arrodilló frente a las cajas cerradas para empezar a sacar su contenido y ordenarlas. En la noche había estado hablando con Diana y habían quedado para comer. Tenía la dirección del bar apuntada en el móvil. Tendría que llamar a un taxi para que la llevara. Con la que estaba cayendo, no le apetecía nada ir andando, buscando el bar, aunque Diana le había asegurado que no quedaba muy lejos. Como no esperaba visita y se sentía más cómoda con el pijama de dos piezas de franela puesto, lo llevaba mientras acomodaba las cosas cuando llamaron al timbre de casa con insistencia.

Matt se encontraba al otro lado de la puerta, con gesto impaciente y algo tenso debido a que no sabía cómo se iba a tomar ella su auto invitación. Al levantarse, había pensado que quizás ella no tuviera nada para desayunar, así que se pasó por el bar de Ben, pidió dos cafés para llevar y una bandeja de donuts que esperaba que le gustasen. Al llegar, había dejado el coche y cruzado rápidamente para mojarse lo menos posible. Y allí estaba, muerto de frío aguardando debajo del porche a que abriese. Esperaba que se encontrara en casa y no hubiera salido a tomar algo fuera.

La puerta se abrió, y ella asomó la cabeza por detrás con gesto interrogante.

—Buenos días, Matt, disculpa, pero aún llevo el pijama puesto. —Estaba algo abochornada por no estar presentable para su gusto—. ¿Querías algo? —Sonrió ligeramente.

—¿Has desayunado?

—¿Cómo?

—Si has desayunado.

—No, aún no. Todavía no he pasado a comprar nada para llenar la despensa.

—Entonces estás de suerte. —Sonrió ampliamente. Levantó las manos mostrando los cafés que llevaba en una bandeja de cartón y en la otra una bolsa. Y sin esperar invitación, se adentró en la casa en el momento en que ella abrió un poco más la puerta.

—No te preocupes, no eres la primera mujer que veo recién levantada en pijama. Aunque sí la primera con la que no haya hecho nada antes. —Mostró una sonrisa ladeada al mismo tiempo que se encogía ligeramente de hombros; depositó la bandeja y la bolsa encima de la barra de la cocina—. Espero que te gusten los donuts, he traído de varios sabores.

Ella cerró la puerta y lo siguió al interior. Ante el primer comentario no supo cómo tomárselo, si a bien o a mal. Pero en cuanto nombró los donuts, la boca se le hizo agua y se olvidó de lo demás.

—Como no sé cómo te gusta, he traído uno de café solo y otro con leche. El azúcar lo llevo aparte. A mí me da lo mismo, así que elige tú. —Levantó la cabeza y la observó mientras abría la bolsa.

—Me gusta con leche y azúcar, gracias. —Cogió un taburete y se sentó frente a él, al otro lado de la barra, contemplando el desayuno.

—Pues estupendo, porque a mí me gusta solo y amargo. —Le ofreció su café y el sobre de azúcar, sentándose allí mismo.

—Muchas gracias, es todo un detalle. Parece como si me hubieras leído la mente. Un poco antes de que llamaras, estaba pensando en lo bien que me vendría esto. —Hizo un movimiento con la mano abarcando lo que había traído.

Matt se sintió muy complacido con su sonrisa.

—Como tu coche no estará listo hasta mañana, luego, si quieres, podemos ir en el mío a llenar tu despensa, por lo menos creo que necesitarás lo esencial, y con la que está cayendo creo que te vendría bien. —Tomó un trago de su café humeante—. No muy lejos, hay un supermercado pequeño pero bastante completo que abre los domingos por la mañana. Y ya que estamos, te puedo enseñar un poco la ciudad y dónde queda la clínica. ¿Qué me dices?

—Bueno... —dijo dubitativa—. La verdad es que no sé qué decir, lo cierto es que necesito cosas...

—Entonces no hay más que decir —le cortó antes de que se negara—. Estos de chocolate blanco están de muerte, te aconsejo que lo pruebes. —Señaló uno de los donuts de la bandeja.

Mientras ella elegía uno, él no podía dejar de mirarla. Aún con el pijama y la cara limpia, era muy bonita. Tenía su pelo castaño recogido en una coleta, sus ojos, muy expresivos, miraban con glotonería cuál de los donuts iba a caer primero. Era delgada pero con curvas. Un cuerpo en el que a él no le importaría perderse. Desde luego, la nueva veterinaria no iba a pasar nada desapercibida, y menos para él.

—Dime, ¿cómo es que has decidido venirte a vivir aquí? —preguntó mientras se terminaba el donut de azúcar con crema por dentro.

—Bueno... digamos que necesitaba un cambio de aires y en Portland no encontraba nada interesante. —Le sonrió dulcemente. A él, ese gesto lo estaba volviendo loco. Sin duda era una preciosa sonrisa que lo estaba cautivando.

—¿Una mala experiencia, quizás? —quiso indagar más.

—Tienes razón, este estaba muy bueno. —Se terminó el donuts mientras lo miraba a los ojos—. Y en cuanto a tu pregunta, más o menos. Rompí con mi novio y dejé el hospital veterinario donde trabajaba. —Hizo una mueca de disgusto.

—¡Vaya! —Frunció el ceño—. Y para dejarte el hospital he de suponer que él trabaja allí.

—No, más bien él era el que se tiraba a mi jefa.

A Matt se le atragantó el café al oír esto y tosió un poco para despejarse la garganta.

—Joder, pues sí que te la hicieron buena.

Se quedó observándola, con esa mirada que Emma empezaba a conocer bien y carraspeó un poco para llamar su atención, ya que se había quedado embobado mirándola.

—Para serte sincero, lo siento por ti. Pero me alegro por mi prima —«por mí»—, y por los animales de esta ciudad —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Emma lo observaba con disimulo. Realmente era muy atractivo. Los vaqueros negros con esa camiseta de algodón gris de manga larga en la que se le marcaban los músculos de los brazos le sentaban de miedo. Y ese pelo con algunos mechones cayéndole por la frente y que se le ondulaba ligeramente por la parte de la nuca le daban ganas de meter sus dedos en él... «¡Madre mía! Sí que tengo las hormonas revolucionadas».

—¿Cómo te enteraste? Si no es mucha indiscreción por mi parte —continuó Matt, dio otro sorbo de café y cogió otro donuts.

—Bueno... —Se quedó metida en sus pensamientos con la mirada perdida. Él la examinaba con bastante curiosidad. Tras un momento de reflexión, miró la hora en su reloj de pulsera y se giró hacia él—. Quizás en otra ocasión. Si vamos a ir a comprar, tengo aún que arreglarme.

—No hay prisa —dijo decepcionado por no sacarle la historia. Quería saber más sobre ella.

—Bueno, sí que la hay. He quedado con tu prima para comer en un bar —replicó, levantándose del taburete mientras apuraba el café—. Creo que lo llamó «el bar de Ben». —Dejó el vaso en una bolsa para luego tirarlo—. ¿Lo conoces?

—¿Y quién no? —Sonrió ampliamente—. Por aquí, todos lo conocemos. Mi prima y yo vamos mucho por aquel lugar. De hecho, el desayuno que te acabas de tomar lo he traído de allí. —Se levantó para recoger y guardar el donuts que había quedado—. No te preocupes, luego, cuando dejemos las cosas, te acerco.

Ella, que ya se dirigía hacia dentro, cuando dijo esto último, se giró con curiosidad.

—¿Eres siempre tan atento con tus inquilinos? —Ladeó ligeramente la cabeza, observándolo detenidamente.

—Realmente no, puesto que tú eres la primera. —Se cruzó de brazos con una sonrisa ladeada—. Y lo único que intento es ser amable —puntualizó—, no solo con mi inquilina, sino con una persona nueva en la ciudad que, además, es la compañera de mi prima y, seguramente, su próxima socia. ¿Responde eso a las preguntas que corren por tu mente?

Ella se ruborizó como hacía años que no le pasaba, no había querido parecer grosera.

—Sí, supongo que sí. —Bajó la cabeza algo avergonzada y desapareció rápidamente por el pasillo hacia la habitación. Se sentía abochornada por su pregunta, pero tanta amabilidad por parte de él le había hecho pensar que a lo mejor podría estar interesado en ella. Y ella, por su parte, por muy guapo, encantador y sexy que pareciese, no tenía claro si tenía ganas de meterse en follones románticos.